DIVINO INSTINTO ANIMAL

El patio de mi casa es como muchos otros patios de provincia, pero encierra para mí un encanto diferente. Es amplio y está rodeado de una barda alta, muy alta. Entre sus maravillas tiene un imponente nogal, un aljibe, dos lavaderos de piedra; un cuarto de madera lleno de triques, rodeado de lajas, tierra y nueces; tres pilas, y, además, una graciosa banquetita en forma de cruz que durante muchos años fue jardín y rincón preferido de mi abuela. Además dan fruto los naranjos, las moras y los limoneros; sombra los fresnos, el huizache, la coma y el olivo; y adorno el zuche, la capa de rey y las enredaderas. Si echo un vistazo al pasado, recuerdo que hubo papayos, durazneros, granados, lirios, claveles y hasta cacahuates; una hermosa jacaranda que cuando echaba flores me encantaba -era mi árbol favorito-, dos majestuosos sauces, una higuera, una parra, un canelón, un platanero y varios aguacates. Tan exuberante fue en un tiempo que unos parientes lejanos lo llamaron "la selva" y una monja lo nombró "pequeño paraíso terrenal".

198 prei Faci

por

Fo

Ge

Nu

de

se

int

esc

No

yЕ

de

Un

Sie

cor

los y d

198 pre Fac

por

A veces le brotaban hierbas malas como el quelite, pero en otras ocasiones lo vestía una alfombra de zacate, hoy ni lo uno ni lo otro.

En cuanto a animales, actualmente lo alegran tres caninos: un pekinés, un sabueso y un chihuahua, pero han pasado por él más de diez razas, amén de otros animales domésticos que vivieron en corrales: un becerro, un venado, borregos, chivas, cerdos, gallinas, patos, pavos y conejos, esos adorables conejos que fueron mi delirio a mis once años, y gatos también. Además hubo distinguidos visitantes; las abejas que nos brindaron miel por mucho tiempo; las caracolas que anunciaban torrenciales lluvias; las tortugas, víboras, sapos, ranas, mariposas y otros bichos. Hoy sólo lo visitan carpinteros, gorriones, codornices y una exagerada cantidad de urracas.

Sin embargo, siempre han estado allí, en mi hermoso patio, unos animalitos singulares: las hormigas, y de varias razas. Con las que yo jugaba eran unas hormigas grandes, de color negro, que vivían en un ingenioso hormiguero.

16

Sí, de niño yo pasaba horas observándolas, entreteniéndome con ellas al hacerles travesuras; les tapaba y les destapaba la entrada; les quitaba la minúscula carga; las hacía pelear -contadas veces-; les echaba agua; las alejaba de su guarida, a ver si se perdían; y tantas otras cosas más, que a veces se enojaban.

Pasó el tiempo, dejé de frecuentar el hormiguero, hasta que, hace apenas unos días, sucedió un hecho sin precedente. El patio de mi casa había sido motivo de muchas historias, anécdotas, juegos de infancia, reuniones familiares, acontecimientos gratos y sucesos raros, pero lo que pasó en aquellos días fue inimaginable y hasta cierto punto, conmovedor. Yo ya tenía diecinueve años y me seguía adentrando en mi patio, pero ya no para jugar, sino para inspirarme, para pensar y recrearme en ese encanto eterno. Y una tarde se me ocurrió visitar el hormiguero, corrí hacia él y ahí las encontré, alocadas, trabajando por sobrevivir, pues eran tantas. Me quedé extasiado y en ese momento recordé mis travesuras infantiles. De pronto, no sé que extraña y disparatada idea me invadió, que tomé una piedra cercana y la coloqué sobre la entrada.

Fo

Ge

Nu

de

se

int

No

yЕ

de

Un

Sie

los

y d

198 pre Fac

por

La piedra era plana, casi redonda, con un diámetro superior a los diez centímetros. Las hormigas que se quedaron afuera se extrañaron y comenzaron a rodear la piedra, a treparse sobre ella y a moverse apresuradas en todas direcciones sin saber qué hacer, y las de adentro, no sé qué suerte enfrentarían. Por mi parte, yo me retiré y entré a la casa, pensando en regresar para quitar la piedra.

Encendí el televisor y ya no supe más. Por la ventana observé que los árboles eran despeinados por el viento y sentí frescura, luego, olor a humedad. Me pareció raro y abrí la puerta, estaba nublado, comenzó a llover. Voló el tiempo y casi anochecía, la lluvia tornóse en aguacero. Al día siguiente la lluvia continuó y recibí una invitación para pasar el fin de semana en una ciudad un tanto cerca de mi pueblo. No recordé a las hormigas.

El sábado fue húmedo, pero el domingo amaneció dorado y fue entonces, justo cuando regresaba a mi casa, que recordé al hormiguero. Primero un temor, luego un remordimiento me sobresaltaron. ¿Cómo fui capaz de convertirme en autor de una masacre insecticida? Y por si fuera poco, un aguacero acentuó la fechoría.

El sol brillaba. Al llegar a mi casa, lo primero que hice fue correr al patio, estaba casi inundado. Tuve que quitarme los zapatos y subir mi pantalón a las rodillas para poder cruzarlo. ¿Por qué acudía si todo estaba ya consumado? Obedecía a un impulso extraordinario el querer saber lo que pasó con las hormigas. Ya estaba cerca, cuando ví la piedra sobre el pequeño promontorio estratégica vivienda- rodeado de agua. Y me detuve, la sorpresa fue mayúscula al ver que había hormigas. Sí, ¡ahí estaban!, recogiendo briznas y ramitas, parecían limpiar su patio, que sólo era un fragmento del mío. Entonces, me acerqué y lo demás apenas puede ser descrito: en una orilla de la ovoide piedra, pude observar un agujero, era una puerta nueva por donde entraban y salían las obreras.

Reflexioné, me dije que el instinto animal era supremo, loable y admirable. Después pensé que era la lucha de supervivencia y que el deseo de una sociedad por lograr una meta jamás sería frustrado por algún obstáculo, por grande que fuera. Recordé que un pueblo unido jamás será vencido.

Ge

Nι

de

se

in

No

y E

de

Ur

Sie

los

y c

Fac

Ante tal espectáculo, suspiré y miré hacia el cielo, otra nueva maravilla descubrí: una enorme nube blanca tenía la misma forma de la piedra y alrededor de ella, pequeñas nubecillas a las hormigas copiaban. Parecía que el cielo retrataba el hecho para guardarlo después en el archivo de los milagros naturales. Todo esto me habló de un poder divino trasmitido a los seres de la Tierra para ser mejores, iguales e invencibles. El sol me salpicó de luz y una pregunta quedó en el aire suspendida: ¿por qué las humanas sociedades no aprovechan el divino instinto que gobierna a plantas y animales?

EL MAYOR TESORO

Ahora que su esposo había muerto, Esthela sentía que se le encogía el corazón, como se encoge un resorte cuando recibe el peso de un objeto. Parecía que le faltaba el aire y que no podía ordenar el carrusel de pensamientos que pasaba por su mente.

Era injusto, pensaba, que Manuel muriera repentinamente, cuando gozaba de fortaleza física y buena salud. Por qué tenía que morir dejándola con tres hijos jóvenes, en plena preparación profesional. Por qué dejarla a ella con tan grande responsabilidad y con bienes que no sabía cómo manejar. Había sido una esposa modelo, dedicada al hogar y a las reuniones sociales y alejada de los negocios de su marido. Creía que el peso de esta pena la aplastaba. Absorta, apenas distinguió la voz que la llamaba.

-Esthela, te traje un té.

-Gracias Amparo - or of sup v aclauda v estibag aua sib